

# REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 21 DE NOVIEMBRE DE 1921

Nº 12

## LA QUIMERA DE DANTE

UNA vida entera de fervor y de comentario bastaría apenas a recorrer esta Ciudad de Dios, que es su obra.

Pero hoy queremos decir una palabra del pensador político, tan vivo casi como el poeta en el correr de los siglos. Vale la pena de adentrarse en su «De Monarchia», remontando las puerilidades aparentes y la rigurosa argumentación escolástica.

El opúsculo de Dante es la última y más acabada expresión de aquel cosmopolitismo medioeval que pronto iba a desplomarse bajo el empuje de las grandes monarquías armadas, que crearon las nacionalidades modernas y todas esas nefastas doctrinas de soberanía independiente.

Para Dante, como para Tomás de Aquino, como para todos los grandes pensadores de la Edad Media, la «completa independencia nacional», la «soberanía del Estado», y otros tantos conceptos de la política contemporánea habrían parecido simple insensatez y blasfemia. Para ellos, toda la humanidad era una e indivisible esencialmente, y la familia, la ciudad, el reino, sólo grupos dentro del gran todo.

Una fe apasionada en esta unidad, y un apasionado deseo de paz universal inspiran el tratado «De Monarchia». «Manifiesto está que la paz universal es la mejor de cuantas cosas se han ordenado para nuestra felicidad». Pero Dante ve claramente que la paz y la soberanía de los príncipes son in-

compatibles, pues de continuo entre dos príncipes independientes podrá haber motivo de conflicto, cuando no por culpa propia, por culpa de sus vasallos. «De aquí la necesidad de un juicio entre ambos. Y, ya que el uno no puede conocer de lo que al otro concierne, y el igual no tiene potestad sobre su igual, infiérese que se precisa un tercero de más vasta jurisdicción, que, dentro de la medida de su derecho, tenga potestad sobre ambos».

Tal es la esencia del argumento y la

razón para lo que, en jerga moderna, llamaríamos una «autoridad supranacional».

Es indudable que, de vivir en estos tiempos, Dante habría abogado por una Liga de Naciones, o acaso por una Internacional de Trabajadores, y, mejor aun, por el Estado Mundial que nos predica el señor Wells. Pero en el siglo XIV no le fué posible pensar más que en el Imperio Romano. En teoría al menos, el Emperador era aún la cabeza temporal reconocida de la Cristiandad de Occidente. Desde Britania hasta los confines de Moscovia, su primacía, ya que no su supremacía, era aceptada. Y Enrique de Luxemburgo disponíase a afirmar, no solo «de jure», sino también «de facto», su señorío lo mismo sobre Italia que sobre Germania.

Dante vió, pues, en el Imperio la esperanza del mundo, y se dió con todas sus fuerzas a demostrar la necesidad de esta monarquía mundial, sosteniendo apasionadamente al Emperador —en aquellas tremendas cartas a los florentinos y al mismo Enrique— contra la angosta ciudadanía de las ciudades güelfas. En nombre de la paz universal y de la unidad del género humano, este güelfo de nacimiento se trocó en el más ardoroso gibelino.

Esperanza baldía. El Imperio era más débil de lo que Dante sospechara. La correría de Enrique por Italia fué un fracaso, y su muerte de fiebres en Pisa corrió el telón sobre la soñada epopeya. Triunfaron los reinos y Europa se fragmentó en Estados soberanos.

Y Dante, reverenciado como poeta, fué como pensador político tenido muy en me-



DANTE

Visto por el eximio escultor italiano LEONARDO BISTOLFI